

COLECCION ARIEL

Pero luego *cuando* 10

Cualesquiera sean los fines que se persigan en la enseñanza de la literatura, sólo hay un medio de alcanzarlos: formar la cultura literaria del alumno, con lo cual éste creará o afirmará su gusto y adquirirá la aptitud que le permita expresarse con facilidad y elegancia. Pero hay que tener presente que la cultura literaria no se adquiere con el conocimiento descarnado del precepto o con el estudio de esos catálogos de librería que se titulan pomposamente "Historia de la Literatura"; se adquiere por contagio, como la cultura social. Pues así como al conducirnos correctamente en la vida de relación con nuestros semejantes, lo hacemos, no siguiendo las indicaciones de un tratado de urbanidad, sino contagiados por la sociedad en que actuamos, de la misma manera, si manifestamos nuestro pensamiento con belleza o gracia, no es porque apliquemos el precepto aprendido en la retórica: es porque el contacto continuo con los maestros en el arte del buen decir, nos ha contagiado, poco o mucho, a la vez que nos ha dado el sentimiento espon-

táneo de los escollos que debemos evitar para conseguirlo.

Por otra parte, si es verdad que la escuela debe formar hombres que se basten a sí mismos, es bueno tener en cuenta que no sólo deben bastarse en la satisfacción de sus necesidades materiales, sino también en las de su espíritu; que sepan ganarse honradamente el pan de cada día, pero que igualmente sepan encauzar noblemente el caudal de las energías no aplicadas al trabajo implacable; que, como su músculo, pongan en juego su mente en los afanes cotidianos, cada día mayores, a que nos condena la civilización; pero que la mente tenga su descanso, que es decir, variedad de ejercitación; y para todo esto, niugún mejor seguro, ningún más grato refugio que el arte, al que debemos llevar a los jóvenes, sobre todo a los jóvenes de provincia por medio de la cultura literaria, ya que otra cultura artística es imposible en ciudades uniformemente chatas, sin ninguna manifestación estética, desprovistas de monumentos escultóricos o arquitectónicos, sin jardines ni museos ni catedrales; donde reinan absolutos como medios de expresión de la belleza, el cine y el fonógrafo.

La cultura literaria es fácil adquirirla, fomentarla, ensancharla, aunque el medio en que

vivamos sea refractario a las manifestaciones del arte: bastan unos cuantos libros. No sabemos hacia qué rumbos de la vida será empujado el joven estudiante una vez que abandone la escuela; pero así se encuentre aislado en la inmensidad silenciosa de la pampa, o más tristemente aislado en medio del bullicio de las grandes ciudades, nunca estará solo si tiene afición por la lectura, si sabe gozar del infinito placer que nos proporcionan los grandes autores cuando nos hablan desde el libro, a través del tiempo y del espacio, y entablan con nosotros una conversación en la que, como dice Descartes, nos entregan lo más selecto de su espíritu.

El arte influye de una manera directa en el individuo, capacitándolo para experimentar los más puros goces, lo que equivale a decir, acercándolo a la felicidad, suprema aspiración de la vida.

La poesía será el elemento más apropiado y siempre al alcance del maestro para la educación artística del niño; y siendo los alumnos de las escuelas normales los maestros de mañana, debemos fomentar en ellos el amor a la poesía para que, entusiastas por ella, puedan comunicar su llama a la mente y al corazón del niño que han de tener bajo su custodia.

La tarea no les será difícil. "Así como el espíritu del niño es curioso de realidad—dice Gastón Richard en su Pedagogía Experimental—y de la verdad concreta, lo es de misterio y de ideal". Vale decir, agregaré, de religión o de poesía.

Pero como no hay una religión que esté de acuerdo con las necesidades espirituales de la época, ese misterio y ese ideal que anhela el alma del niño debemos administrarlos tomando como vehículo la poesía, que al fin no es otra cosa que una religión libre, de la misma manera que la religión (lo afirma Guyau) es la poesía sistematizada.

JOSE FERNANDEZ CORIA

(Nosotros. Buenos Aires.)

El hombre no puede tener por único estímulo ganarse el pan, labrarse una fortuna o hacerse célebre. Quienes se reducen a estos propósitos, sienten, aun realizados, que algo les falta, y es que de cualquier manera que sea, el hombre no solamente tiene que nutrir un cuerpo, cultivar y desarrollar una inteligencia, sino que debe también satisfacer un alma. Esta alma también trabaja insesantemente en continua evolución hacia la luz y la verdad. Y en tanto que ella no haya recibido toda la luz y conquistado toda la verdad, continuará atormentando al hombre.

ALEJANDRO DUMAS

Un mensaje a García (*)

EN todo este asunto de Cuba hay un hombre que sobresale en el horizonte de mi memoria como el planeta Marte en su perihelio. Cuando se declaró la guerra entre España y los Estados Unidos, era muy necesario comunicarse prontamente con el Jefe de los insurrectos. Encontrábase García, allá, en la manigua de Cuba, sin que nadie supiera su paradero. Era imposible toda comunicación con él por telégrafo o por correo. El Presidente tenía que contar con su cooperación, sin pérdida de tiempo. ¿Qué hacer?

(*) Mr. Hubbard, autor de este tan útil y tendencioso escrito, da la historia de él en las siguientes líneas:

“Esta pequeñez literaria “Un Mensaje a García,” fué escrita una noche después de comida, en una hora. Erase el veintidos de febrero de mil ochocientos noventa y nueve, natalicio de Washington, y ya íbamos a entrar en prensa con el número de marzo de nuestra revista “Phillistine”. Brotaba candente de mi corazón, escrita, cual fué, después de pesados día dedicado a tratar de enseñar a ciertos indolentes moradores de la villa a abjurar de aquel estado comatoso en que se encontraban y a infilrarles radioactividad.

La idea original surgió de una pequeña discusión, cuando tomábamos el té, en la cual mi hijo Bert lanzó la especie de haber sido Rowan el verdadero héroe de la guerra de Cuba. Rowan salió solo y realizó su propósito,—llevó el mensaje a García.—Cual destello de luz vino a mi mente la idea. Es ver-

Alguien dijo al Presidente: "Hay un hombre llamado "Rowan" que puede encontrar a García, si es que se le puede encontrar."

Se trajo a Rowan y se le entregó una carta para que a su vez la entregara a García. Cómo fué que esté hombre, Rowan, tomó la carta, la selló en una cartera de hule, se la amarró al pecho, hizo un viaje de cuatro días en un bote sin cubierta, y desembarcó de noche en las costas de Cuba; cómo fué que se internó en las montañas, y en tres semanas salió al otro lado de la Isla, habiendo atravesado a pié un país hostil, y entregado la carta a García, son cosas que no tengo deseo especial de narrar en detalle. Pero sí quiero que conste que Mac Kinley, Presidente de los Estados Unidos, puso una carta en manos de Rowan

dad, me dije, el muchacho tiene razón: héroe es aquel que cumple su cometido—que lleva el mensaje a García.— Levantéme de la mesa y escribí "Un mensaje a García". Tan poca fué mi estimación de este artículo, que se publicó sin encabezamiento en la revista. Hízose el reparto, y poco después principiaron a llegar pedidos de una docena, cincuenta, cien ejemplares adicionales del número de marzo de "Philistine", y cuando la American News Company pidió mil ejemplares, pregunté a uno de mis empleados cuál era el artículo que había levantado el polvo cósmico.

"Eso de García", me contestó.

Al siguiente día se recibió un telegrama de George S. Daniels, del Ferrocarril Central de New York, que decía así: "Cotice precio de cien mil ejemplares artículo Rowan en forma folleto. Anuncio Tren Expreso del Estado Imperial al respaldo. Diga cuando puede hacer la entrega."

Contesté cotizando precio y diciendo que podía entregarlos en medio año. Nuestras facilidades eran pocas y cien mil ejem-

para que éste la entregara a García.—Rowan tomó la carta y no preguntó: “¿Dónde está García?”

¡Loado sea Dios! He aquí un hombre cuya figura debe ser vaciada en inpercedero bronce y puesta su estatua en todos los colegios del país. No es la enseñanza de libros lo que los jóvenes necesitan, ni la instrucción en esto o aquello, sino el endurecimiento de las vértebras para que sean fieles a sus cargos, para que actúen con diligencia, para que concentren sus energías, para que hagan la cosa—“llevar el mensaje a García”.

El General García ya no existe, pero hay otros Garcías.

No hay hombre que haya tratado de administrar una empresa que requiera mucho personal, que, a veces, no se haya quedado ató-

plares parecíanos una empresa magna. El resultado fué que le concedí permiso a Mister Daniels para que reprodujera el artículo como quisiera. Lo hizo en forma de folletos, en ediciones de medio millón. Distribuyó dos o tres ediciones de medio millón cada una, y, además, el artículo fué reproducido en más de doscientas revistas y periódicos. Ha sido traducido a todos los idiomas escritos.

Cuando Mr. Daniels se ocupaba de la distribución de “Un Mensaje a García”, el Príncipe Hilakoff, Director de los ferrocarriles de Rusia, se encontraba en este país. Era huesped de la compañía del ferrocarril Central de New York, y viajó por todo el país acompañado por Mr. Daniels. El Príncipe vió el librito; le interesó, más por el hecho de que Mr. Daniels lo estaba distribuyendo en tan grandes cantidades que, probablemente, por cualquier otro motivo.

De todos modos, cuando el príncipe regresó a su país, hizo que se tradujera al ruso y se entregara un ejemplar a todo em-

nito al notar la imbecilidad del promedio de los hombres, la inhabilidad o la falta de voluntad de concentrar sus inteligencias en una cosa dada, y hacerla.

La asistencia irregular, la desatención ridícula, la indiferencia vulgar, y el trabajo mal hecho parece ser la regla general. No hay hombre alguno que salga airoso de su empresa a menos que, quieras que no quieras, o por la fuerza, obligue o soborne a otros para que le ayuden, o a menos que, tal vez, Dios Todopoderoso, en su bondad, haga un milagro y le envíe el Ángel de la Luz para que le sirva de Auxiliar.

Tú, lector, puedes hacer esta prueba. Te encuentras en estos momentos sentado en tu oficina. A tu alrededor tienes seis empleados. Llama a uno de ellos y pídele lo siguiente: "Tenga la bondad de buscar en la Enciclope-

pleado de ferrocarril en Rusia. Tras ésta vinieron otros países, y de Rusia pasó a Alemania, Francia, España, Turquía, Indostán y China. Durante la guerra entre Rusia y el Japón, a todo soldado ruso que fué a la guerra se le entregó un ejemplar del "Mensaje a García".

Encontrando los japoneses esos libritos en poder de los prisioneros rusos, llegaron a la conclusión de que debía ser algo bueno y por consiguiente lo tradujeron al japonés.

Y por orden del Mikado se entregó un ejemplar a todo empleado, civil o militar, del Gobierno Japonés.

Más de cuarenta millones de ejemplares de "Un Mensaje a García" han sido impresos. Se dice que es esta la circulación mayor en toda la historia, que haya tenido un trabajo literario durante la vida del autor, gracias a una serie de accidentes afortunados.—E. H.

East Aurora, diciembre 1, 1913."

dia y hágame un memorandun corto de la vida de Correggio.”

¿Crees tú que el empleado contesta: “Sí señor,” y se marcha a hacer lo que tú le dijiste?

Nada de eso. Te mirará de soslayo y te hará una o más de las siguientes preguntas:

¿Quién era él?

¿En cuál enciclopedia?

¿Dónde está la enciclopedia?

¿Acaso fui empleado yo para hacer eso?

¿No querrá Ud. decir Bismarck?

¿Por qué no lo hace Carlos?

¿Murió?

¿Hay prisa para eso?

¿No sería mejor que yo le trajera el libro y Ud. mismo lo buscara? ¿Para qué quiere Ud. saberlo?

Y me atrevería a apostarte diez a uno, a que después que hayas contestado el interrogatorio y explicado la manera de buscar la información que necesitas, y por qué la necesitas, tu empleado se retira y obliga a otro compañero a que le ayude a encontrar a García, regresando poco después diciéndote que no existe tal hombre. Desde luego puede darse el caso en que yo pierda la apuesta; pero según la ley de promedios, no debo perder.

Ahora bien; si tú sabes lo que tienes entre manos, tú no debes molestarte en explicar a tu auxiliar que “Correggio” está indicado con “C” y no con “K”, sino que sonrientemente y

de buen humor le dirás: "Está bien, déjalo", y, dicho esto te levantarás y lo buscarás tú mismo.

Y esa incapacidad para obrar independientemente, esa estupidez moral, esa deformidad de la voluntad, esa falta de disposición para hacerse cargo de una cosa y realizarla, esas son las cosas que han propuesto para lejos en lo futuro al socialismo puro. Si los hombres no actúan por sus propias iniciativas para sí mismos, qué harán cuando el producto de sus esfuerzos sea para todos. La fuerza bruta parece necesaria y el temor a ser "rebajado" el sábado a la hora del cobro hace que muchos trabajadores o empleados conserven el trabajo o la colocación.

Anuncia procurando un taquígrafo, y de diez solicitudes, nueve son de individuos que no tienen ortografía, y lo que es más, de individuos que no creen necesario tenerla. ¿Podrían esas personas escribirle una carta a García?

"Mire Ud.", me decía el gerente de una gran fábrica, "mire Ud. aquel tenedor de libros."

—Bien, qué le pasa?

"Es un magnífico contable; mas si se le manda a hacer una diligencia, tal vez la haga, pero puede darse el caso de que entre en cuatro salones de bebidas antes de llegar, y cuando llegue a la Calle principal ya no se acuerde ni de lo que se le dijo."

¿Puede confiarse a ese hombre que lleve un mensaje a García?

Recientemente hemos estado oyendo conversaciones y expresiones de muchas simpatías hacia "los extranjeros naturalizados que son objeto de explotación en los talleres", así como hacia "el hombre sin hogar que anda errante en busca del trabajo honrado", y junto a esas expresiones con frecuencia empléanse palabras duras hacia los hombres que están en el poder.

Nada se dice del patrono que se avejenta antes de tiempo tratando en vano de inducir a los eternos disgustados y perezosos a que hagan un trabajo a conciencia; ni se dice nada del largo tiempo ni de la paciencia que ese patrono ha tenido buscando personal que no hace otra cosa sino "matar el tiempo" tan pronto como el patrono vira la espalda. En todo establecimiento y en toda fábrica se tiene constantemente en práctica el procedimiento de selección por eliminación. El patrono vése constantemente obligado a rebajar personal que ha demostrado su incompetencia en el fomento de sus intereses, y a tomar otros empleados. No importa que los tiempos sean buenos; este procedimiento de selección sigue en todo tiempo, y la única diferencia es que, cuando las cosas están malas y el trabajo escasea, se hace la selección con más escrupulosidad, pero afuera y para siempre afuera tie-

ne que ir el incompetente y el inservible. Los mejores son los que subsisten. Por interés propio el patrono tiene que quedarse con los mejores, con los que pueden llevar un mensaje a García.

Conozco a un individuo de aptitudes verdaderamente brillantes, pero sin la habilidad necesaria para manejar su propio negocio y que, sin embargo, es completamente inútil para cualquier otro, debido a la insana sospecha que constantemente abriga de que su patrono le oprime, o trata de oprimirle. Sin poder mandar no tolera que se le mande. Si se le diera un mensaje para que lo llevara a García, probablemente su contestación sería: "Llévelo Ud. mismo".

Hoy este hombre anda errante por las calles en busca de trabajo, teniendo que sufrir la inclemencia del tiempo. Nadie que le conozca se atreve a darle trabajo, puesto que es la esencia misma del descontento. No entra por razones y lo único que en él podría producir algún efecto sería un buen puntapié salido de la punta de una bota del número nueve, de suela gruesa. Sé, en verdad, que un individuo tan deforme como ese, moralmente, no es menos digno de compasión que el físicamente inválido; pero en nuestra compasión derramemos también una lágrima por aquellos hombres que se encuentran al frente de grandes empresas, cuyas horas de trabajo no están limita-

das por el sonido del pito y cuyos cabellos prematuramente encanecen en la lucha que sostienen contra la indiferencia zafia, contra la inbecilidad crasa y contra la ingratitud cruenta de los otros, quienes, a no ser por el espíritu emprendedor de éstos, andarían hambrientos y sin hogar.

Diríase que me he expresado con mucha dureza. Tal vez sí; pero cuando el mundo entero se ha entregado al descanso, yo quiero expresar unas palabras de simpatía hacia el hombre que sale avante en su empresa, hacia el hombre que aun a pesar de grandes inconvenientes ha sabido dirigir los esfuerzos de otros hombres, y que, después del triunfo resulta que nada ha ganado, nada más que su subsistencia y su ropa.

También yo he cargado mi lata de comida al taller y he trabajado a jornal diario, y también he sido patrono y sé que puede decirse algo de ambos lados.

No hay excelencia en la pobreza, *per sé*; los harapos no sirven de recomendación; no todos los patronos son rapaces y tiranos; no todos los pobres son virtuosos.

Mis simpatías todas están con el hombre que hace su trabajo cuando el patrono está presente como cuando se encuentra ausente. Y el hombre que al entregársele una carta para García, tranquilamente toma la misiva, sin hacer preguntas idiotas y sin intención al-

guna de arrojarla en la primera alcantarilla que encuentre a su paso, o de hacer cosa laguna que no sea entregarla al destinatario, ese hombre nunca queda sin trabajo, ni tiene que declararse en huelga para que se le aumente el sueldo. La civilización busca ansiosa, insistentemente, a esa clase de hombre. Cualquiera cosa que ese hombre pida, la consigue. Se le necesita en toda ciudad, en todo pueblo, en toda villa, en toda oficina, tienda y fábrica y en todo taller. El mundo entero lo solicita a gritos; se necesita, y se necesita con urgencia al hombre que puede llevar un "mensaje a García."

ELBERT HUBBARD.

Camino de París

(Traducción de Francisco Villaespesa)

A los claros fulgores matutinos
marchó a París, atravesando España...

El tren se para en una aldea extraña
que un río alegre con sus chopos finos.

Tocan a misa; hay gente en los caminos;
y yo digo al azar que me acomaña:

—¡Ser pastor, leñador, y en mi cabaña
pasar aquí mis días cristalinos!—

Y algo responde dentro de mi seno:

—¡Siempre nos gusta apetecer lo ajeno!

El mar quiere ser río, el río mar....

Si vivieses aquí, cuando sintieras

la humeante sombra de ese tren pasar.

marcharte en él, lejos de aquí, quisieras!

EUGENIO DE CASTRÓ.

Miradlos

Una virtud, entre todas, debe admirarse en los grandes hombres y ser predicada a los jóvenes: el valor moral. Con ella son posibles la dignidad y el heroísmo; sin ella los más grandes ingenios pueden rodar al abellacamiento. Conocer algunas verdades y callarlas, por no exponerse a la natural enemiga de los que piensan las contrarias, es la mayor inmoralidad en que puede incurrir un estudioso. Compartir las doctrinas filosóficas, puestas de moda por la política, no creyéndolas, es abyecto entre todas las venalidades, pues ninguna como ella implica un renunciamiento de la dignidad personal.

El creyente sincero, sea cual fuere su doctrina o su dogma, es respetable, si tiene el valor moral de sustentar sus creencias desembozadamente, aceptando hasta sus últimas consecuencias. Sólo es temible y nocivo el sectario que trabaja subterráneamente, el hipócrita que sigue caminos oblicuos, no dando cara, tejiendo y destejiendo redes invisibles, minando el hogar, la sociedad, la vida pública, sin exponerse nunca a perder las prebendas ni a recibir los golpes demarriadores.

El hombre leal y firme, por la moralidad implícita en su conducta es el más alto educador de las generaciones nuevas; compromete su rango, pierde sus comodidades, renuncia a los honores y a las sinecuras que sólo podrían venirle adhiriendo a la mentira organizada. El hombre acomodaticio, magüer sea gran-

de su ingenio, hace carrera a precio de su obsecuencia a todas las preocupaciones que están de moda en su ambiente social, habla lo que le conviene y no lo que piensa, se entusiasma por las ideas y las cosas en razón de la utilidad que ellas le reportan, prefiriendo ser esclavo de las ajenas creencias si ellas traen el éxito inmediato, a ser su director, si en ello sólo puede haber gloria futura.

JOSE INGENIEROS

Virgenes muertas

(Traducción de Guillermo Valencia)

Cuando muere una vírgen, una estrella aparece nueva, en el viejo engaste azul del firmamento, y el alma de la muerta, momento por momento, en el fulgor del astro palpita y resplandece.

Vosotros que en parejas y entre el recogimiento del campo, habláis a solas cuando la luz fenece, silencio! Ese murmullo que una oración parece, remonta al Infinito, llevado por el viento.

Séres de bocas sabias en caricias y amores, que vagáis a través del campo sosegado haciendo arder el casto corazón de las flores.

Piedad! ELLAS ven todo de las hondas alturas: Vuestra pasión agravia con su impudor osado las que vivieron solas, las que murieron puras!

OLAVO BILAC

(Popayán. Popayán, Colombia.)

Balzac y Evelina Hanska

EL destino colocó a Honorato de Balzac para ser el mejor novelista francés y uno de los mejores de todo el mundo. Las vicisitudes, los trabajos, las experiencias, que diríamos ahora, de toda su vida le facilitaron los mejores instrumentos para el arsenal de sus novelas. Arqueólogo, arquitecto, sastre, ropavejero, repórter, farmacéutico, notario, pasó por todas las clases y por todos los grupos sociales que ha historiado y retratado después en "La comedia humana", esa serie sin ejemplo, de novelas que serán mejores cada día por la documentación que contienen.

Nada hacía sospechar en los años de su infancia y en los de su primera juventud que poseyera algún día un genio creador tan considerable. De sus hermanos era el menos despejado, de sus compañeros de colegio el más holgazán y menos estudioso!

Un día llegó, tras las miserias de la vida, la ruina de la familia y su propia melancolía, a escribir a su hermana esta revelación: "Soy joven y hambriento, y nada tengo en mi plato. ¡Oh Laura, Laura, mis dos grandes anhelos —ser célebre y ser amado— ¿podré satisfacerlos alguna vez?" De sí propio fué sacando toda su obra y se deshizo en

su producción fecundísima y grande. Hasta muy tarde, cuando ya parecía perdido por el trabajo anónimo, sin firma, para cumplir las exigencias de editores sin gusto, industriales antes que nada, no se reveló al mundo. Esto fué a los veintinueve años, cuando publicó "Los Chuanes".

Su gloria le costaba su dinero; forzado a publicar sus obras para vivir, fué forzado, también, a publicarlas contrayendo horrorosas deudas que le comprometieron por toda su vida. Treinta y cinco novelas había publicado ya en 1828, era ya conocido y estimado del público; pero sus créditos en contra ascendían a más de 12,400 francos. Iba a perecer material y moralmente cuando una mujer, Mme. de Berny, le salvó de la ruina, y esa mujer, de un gran carácter, ejerció para siempre una poderosa y enérgica influencia sobre él, aun después de haber desaparecido.

Mme. de Berny fué para nuestro héroe algo así como la célebre Matilde Wesendonck para el músico Ricardo Wagner, su protectora, su amiga. Al socorrerle con su dinero, como se atiende a un hijo, dió un artista y un escritor al mundo. Fué más bien una segunda madre y casi la primera.

Otra mujer debía influir más enérgicamente sobre su obra, al influir de una manera más íntima sobre su vida.

La sugestionadora apareció de una manera novelesca. En 1829, precisamente en plena revelación del novelista, cuando empezaba a ascender por el camino de la gloria, recibió una larga carta escrita con letra de mujer. La anónima comunicante criticaba la producción del novelista revelando un arte exquisito, un gusto excelente y, sobre todo, una profunda simpatía por el escritor. Los ideales más

anhelados de su existencia estaban realizados en aquellas páginas de menuda y apretada escritura. Era célebre y era querido.

A la primera siguieron otras cartas y Balzac supo por fin que su admiradora era una joven polaca, Evelina Hanska, la esposa de un conde, cuya delicada salud la obligaba a vivir en Suiza. Entonces tendría treinta años. Cuando Balzac pudo verla en Neuchâtel ella no pudo mirarle frente a frente y él quedó no menos conmovido. Después se escribieron diariamente.

La faz de aquella criatura le impresionó profundamente y a aquella cara de sufrimiento, de inteligencia y de dolor se debe todo el misticismo de la obra balzaciana a partir de aquel instante hasta un período muy avanzado. Balzac, físicamente, era todo lo contrario de la sentimental polaca; sano, vigoroso, fuerte; demostraba una sensualidad oriental. A este exterior cuadraba admirablemente la paternidad de esas páginas rabelesianas de los "Contes Drolatiques"; pero bajo toda esa apariencia de pachá somnoliento, de sensual semita, había nacido por obra de aquella mujer un místico extraordinario, desviado acaso, pero místico al fin, que trazó "La piel de zapa" y "Serafita", nacidos y engendrados en la locura del histerismo, por entonces a la orden del día.

La condición del trabajo que el artista hacía y la manera de efectuarlo le predisponían a esa morbosidad. A veces se pasó diez y ocho horas escribiendo, y muchas sobre el margen de una prueba desarrolló una nueva novela. Ningún escritor del mundo ha sido más temible para los cajistas. Flaubert ha sido muy minucioso para documentarse—lo que no ha impedido que a veces lo hiciera

mal;—pero Balzac lo era para sus pruebas, sobre las que realmente escribía sus verdaderas obras.

La correspondencia del novelista con su amiga, llena de escapes, nos revela al Balzac íntimo con toda su ternura, nos dice cómo vestía, cómo comía, etc. La parte de ella, interesante también, no lo es tanto como lo fué en la vida. Balzac conoció por esta mujer un mundo que ha revelado en sus novelas y que pocos novelistas han revelado tan bien: el mundo de la nobleza.

Después del episodio de Neuchâtel se estrecharon las relaciones entre Mme. Hanska y el novelista. El amor creció y se desarrolló entre ellos y no pudo mitigarse el tormento secreto de la pareja hasta muy tarde.

En 1842 Mme. Hanska quedó viuda. Balzac esperaba naturalmente un matrimonio inmediato. Los acontecimientos no respondieron a sus deseos de hacerse Conde consorte. En un trabajo brutal, penosísimo, continuado, encontró alivio para la demora. Hasta cuatro años después, Mme. Hanska no se decidió a comprometerse en el matrimonio. El genio del artista empezaba a declinar, y el torrente de sus deudas era amenazador y terrible. Por fin en 1850, en marzo, se efectuó el matrimonio.

¿Cuál fué el secreto de esa extraña pasión? ¿Fué realmente amado Balzac? ¿El autor de la "Fisiología del matrimonio", ese libro que no deben leer jamás los jóvenes, como decía Michelet, tropezó acaso con la mujer "ideal" que pintó en esas páginas? El novelista deseaba verla y ella en cambio parecía sostener su amor agrandando la distancia. ¿Había una antipatía física? Balzac felizmente, en la seguridad de esa hipótesis, falleció a los cinco

meses de matrimonio. De haber vivido más, desgastado su genio, aminorado su triunfo, la mujer que tanto amaba su talento, pero que tan en poco estimaba su aspecto de bajá amodorrado, le habría roto la vida.

Las condiciones de la existencia, los apremios del vivir le dieron a Balzac orientaciones para seguir el camino de su fantasía. Estuvo, por decirlo así, demasiado pronto en posesión del plano de la ciudad. Pero fué favorecido también para añadir a la documentación el alma y el aliento de las cosas. Las dos mujeres que influyeron en su vida le permitieron ofrecer esa psicología, hoy convencional, pero entonces muy justa sobre todo para sus personajes, que ha dado tantos investigadores como novelistas luego.

La profunda simpatía de Mme. Hanska por el autor de "El lirio del valle", fué algo puramente cerebral, una pasión de ánimo por un hombre de genio, pero no un verdadero amor como el mismo novelista creyó merecer de aquella que tanto le estimuló al trabajo, y por la cual puede definirse su vida, como la espera de una dicha, trabajando sin descanso.

LUIS VERNIER

París, mayo de 1917.

—Si alguna mujer hermosa viniera a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

CERVANTES. (*El Quijote.*)

Los murciélagos

La noche se aja a fuerza de uso. No se aja en su altura de estrellas, se aja como una túnica que va arrastrándose por el suelo entre los guijarros y las raíces, hasta el fondo de los túneles malsanos y de las cuevas húmedas. No hay escondrijo a donde no llegue un jirón de la noche. Un jirón que las espigas rasgan, que los fríos agrietan y el lodo mancha. Cada mañana, cuando vuelva a alzarse la noche, se le desprenden cintajos que cuelgan y se bambolean al azar.

Así nacén los murciélagos.

Deben a su origen el no poder resistir la brillantez del día.

Después de acostado el sol, mientras tomamos la frescura de la tarde, se despegan de las viejas vigas donde, entontecidos, colgaban de una uña.

Su torpe vuelo nos intranquiliza. Casi rozándonos con sus alas envarilladas y sin plumas, giran, revolotean a nuestro alrededor.

Guiáanse más por sus oídos que con sus inútiles ojos sin luz.

Mi dulce amiga oculta el rostro y yo vuelvo la cabeza a otro lado por temor de un choque impuro.

De ellos se dice que con un ardor más intenso que nuestro mismo amor, nos chuparían la sangre hasta la muerte.

¡Qué exageración!

Los murciélagos no son perversos. Jamás nos tocan. Hijos de la noche, no detestan sino la luz, y con el roce de sus pequeños chales fúnebres buscan bujías que apagar.

JULES RENARD.

Una y otra

Tan misteriosa es la vida
como la muerte, poeta.

Esta inmersión del espíritu
en la materia
(o en lo que así llamamos), estos grillos,
esta ceguera;
este gran desfilarse de las cosas
y la inconsistencia
de todo lo que amamos;
este adiós sin remedio que nos da cuanto alienta:
¿no son acaso un enigma,
y un gran enigma, poeta?

Este rodar de los años,
este arder de las estrellas,
esta ley inexorable del número y el espacio
que al cosmos liga y sujeta,
¿no son más inexplicables
si bien se piensa,
que el persistir de tu yo,
que la simple vida etérea
y sutil de nuestras almas,
su vibración que no cesa,
en los planos invisibles
de la REALIDAD ETERNA?
¡Tan misteriosa es la vida
como la muerte, poeta!

AMADO NERVO

Madrid enero, 1917

Toledo

360 -

Es Toledo una de aquellas ciudades de tiempos remotos que nos hacen sentir, que nos hacen vivir varios siglos en un día. Ciudad muerta, o mejor, ciudad que duerme—porque no sabemos si pueda despertar—en su mutismo trágico nos habla de lucha, de tormentos y de triunfos; de excesos y miserias; de continuas y amargas contradicciones; de la vida, en síntesis, tal como la conocemos hoy, como fue ayer, y como podemos imaginar que será mañana. Toledo nos habla de la gloria de haber vivido y nos cuenta que de esa gloria sólo quedan tristes esqueletos.

Nuestro primer golpe de vista sobre la ciudad heroica nos deja inmóviles, sin una idea en la mente, el alma saturada de extrañas vaguedades. Alguna vez hemos experimentado sensación parecida con la primera lectura de un poema: nos dijo con su música locuras antes de brindarnos las ideas. Y así Toledo: hemos quedado por el momento en un misterioso estupor, el corazón repleto, pero sin sugestión alguna, con la mente en blanco. Sólo cuando ya estamos embriagados por la mística contemplación, empiezan las cosas a contarnos lo que fueron y lo que no serán más.....

El panorama es soberbio. Por todas partes se yerguen rocas calcinadas, revueltas por dramas

cosmológicos y por dramas humanos. Las aguas turbias del Tajo se han abierto paso por entre ellas. En la hondonada un puente destruido por mitad parece lamentarse. Más allá, por sobre destrozados y mohosos edificios, viviendas que fueron de los grandes, por sobre iglesias y mezquitas y monumentos de civilizaciones encontradas, se levanta solo, como orgulloso sobreviviente en el campo de batalla, un estupendo castillo de macizos torreones. Quedó en pie como un testigo. Desde hace siete siglos viene presenciando las luchas fratricidas de los que buscaron la imposición de un credo o de un monarca. A su vista rodaron hacia el Tajo los incrédulos. ¿Incrédulos en qué? En lo que afirmaban *los otros*. Así hubo circo romano para los que con cabeza levantada sostuvieron su fe. Así también hubo Inquisición.

Un arco inmenso, agrietado, que recuerda a Roma, vacila en medio de un camino polvoriento. Por allí pasaron orgullosos vencedores y también vencidos maniatados.

¡Cuanto tenemos a la vista es trágico!

Se comprende al fin por qué el primer golpe de vista nos deja en éxtasis. Es porque allí las cosas tienen alma, y esa alma nos invade antes de hablarnos. Tócale luego a cada piedra contar-nos su novela. Y sentimos que nos la cuenta con orgullo, con orgullo que sólo conoce la miseria.

Alguien muestra a lo lejos los famosos Cigarrales, y aquella sola palabra nos transporta como por encanto al siglo de oro. Surge al instante Tirso de Molina, y con la figura del picante y espiritualísimo Maestro, surgen también las de Cervantes, Lope, Calderón, Santa Teresa, Góngora....

Y por asociación de ideas se agolpan en tumulto los recuerdos de lecturas que despertaron en nosotros emociones e ideas y vinieron a enriquecer nuestro mundo interior.

La voz fuerte del guía rompe súbitamente la evocación. Alega que aún nos quedan muchas cosas por ver, que debemos seguirlo *si queremos emplear bien nuestro tiempo*. Sonreímos y, sin objetarle nada, lo seguimos impasibles.

Vamos por entre callecitas estrechas y tortuosas, andando mecánicamente, como enfermos de la voluntad, embebidos en nuestros sueños. Las cosas continúan hablándonos. A cada instante levantamos los ojos para contemplar de alto a abajo las originales construcciones. Las románticas ventanas, con sus rejas y sus flores, ejercen sobre nosotros singular atracción. Los barrotes enmohecidos nos hablan del pasado, de un pasado remoto, y las hermosas flores—tan frescas—nos hablan de la mano que las cuida. Y esa vida que pasó y esta vida que hoy palpita forman un contraste de emoción. Vemos sobre algunos portales cuadrados y macizos los escudos rotos de noblezas que se hundieron. Alguno de estos portales, abierto, deja ver un interior lleno de luz. Una viejecita que hubiera hecho las delicias de Rembrandt comprende nuestra curiosidad y nos invita a que entremos.

Pocos pasos adentro, ya estamos en lejanas regiones, muy lejos del Toledo en ruinas. En un jardín bañado de sol y de dulce alegría, con muchas flores y por cuyos muros trepan las enredaderas, se ve una joven que cose. A sus pies retozan dos niños. La muchacha sonríe ruburosa y

corre a esconderse, y los niños abren sus grandes ojos de árabes para examinar a los intrusos.

Estamos en casa de gentes humildísimas—quizá de estirpe noble—pero allí todo es alegría. Nos damos cuenta de que el aire que perfuma aquel recinto es el dulce aire del hogar. La viejecita al mirarnos, jovial, parece decirnos: aun entre ruinas se puede sonreír cuando hay amor....

Por entre calles siempre estrechas y pendientes, tapizadas de piedrecitas puntiagudas, va nuestro guía contándonos famosas leyendas, y mostrándonos conventos, prisiones y fortalezas. Parecen aquellas calles las galerías de un museo en donde estuvieran acumulados los ejemplares de las arquitecturas de todos los siglos. Lo morisco, lo oriental, lo de la Edad Media, lo del Renacimiento, todo está allí representado. Aumenta nuestra emoción el silencio que reina. Nuestros pasos y nuestras voces tienen eco.

En medio de aquella desolación nos causan profunda extrañeza los seres vivientes que descubrimos al voltear de alguna esquina. Los seguimos con los ojos y con el pensamiento como apariciones reveladoras de intimidades no escritas. Una muchacha sale de su pobre vivienda a poner en el buzón una carta. ¿A quién escribe? Otra niña se oculta tras de las flores de su ventana. ¿Será la eterna historia que se repite? ¿Soñará con el amor sin conocerlo, o aguardará a su amante? Una vieja envuelta en lamentables harapos nos deja pasar sin pedir una limosna. ¿De qué noble desciende para tener tanto orgullo? Un mozo corre a la puerta de su casa para vernos pasar. Sus ojos y su nariz nos gritan que sus antepasados pertenecieron a la

tribu de Israel. Pensamos entonces en los sufrimientos y en los triunfos de esos errantes que han ido por el mundo adaptándose sin confundirse jamás con los extraños, imponiéndose casi siempre por su inteligencia y su audacia.

Visitámos la famosa Catedral, enferma de misticismo, agobiada de tesoros y obras de arte. Entrámos a Santa María la Blanca, verdadera joya de arte gótico, que a pesar de los siglos conserva su pureza original, y a San Juan de los Reyes, la curiosa sinagoga convertida al cristianismo.

Visitámos otros templos... A muchos de ellos nos ha llevado una especial curiosidad por los cuadros del Greco. El originalísimo artista ha sido un enigma para nosotros. Sin creerlo loco, como afirman ciertos críticos, ingenuamente confesamos que no lo comprendemos. Vamos, sin embargo, a estudiarlo con simpatía, sugestionados por nuestra reciente conversación con el señor Cossio y por el último libro de Barrés. Vamos con la voluntad de comprender y esto, en nuestro sentir, ya es mitad de comprensión. En verdad son extraños aquellos cuadros bañados en gris ceniciento que representan figuras torturadas que se alargan. Ciertamente es difícil adueñarse del secreto que los envuelve, secreto religioso que unas veces nos da ánimo y otras nos desconcierta. Pero el Greco se ha impuesto dentro de nosotros como una afirmación. Su fisonomía inconfundible, nos ha dejado palpitante el alma de su época. Bien podemos darle, a este título al menos, el nombre de artista. ¿Por qué se le ha de criticar que exagerara sus tintes para diferenciarse del Tiziano, si el sello personal es sello de arte? Hemos completado nues-

tro estudio con una visita a la propia casa del Greco, desenterrada por manos piadosas, después de un largo olvido, y de allí salimos con el alma dolorida, como si nos hubiéramos adueñado del secreto que buscábamos....

El tren que nos conduce de regreso a Madrid, nos lleva silenciosos, rendidos desentir y de pensar. Cerrados los ojos como para ver entre sueños los instantáneos que llevamos grabados en la mente, nos abandonamos a las sugestivas visiones de verdadero deleite espiritual. Aquel libro abierto ha cultivado nuestra imaginación con sus evocaciones, sus extrañezas y sus tesoros. Dejamos en él una parte de nosotros y partes de él se han venido acompañándonos....

Súbitamente pensamos que en aquel mismo instante vamos recorriendo los mismos pedregosos campos que recorrió algún día nuestro antepasado don Quijote de la Mancha, y en medio de nuestra melancolía sonreímos.

AGUSTIN NIETO CABALLERO

Del libro inédito *Emociones de España*, 1912

(*Cultura*. Bogotá.)

—Cada año que pasa, la conciencia de estos pueblos nuevos de América se entona con un sentimiento más firme y seguro de la grandeza de su porvenir.

—Si hay algún sentimiento esencialmente americano, es, sin duda, el sentimiento del porvenir abierto, prometedor ilimitado del que se espera la plenitud de la fuerza, de la gloria y del poder.

JOSE ENRIQUE RODO.

El poema divino

EL RUBOR DE JESÚS

La casa de Simón se mira llena
de gente, que en puntillas se levanta,
pues todos quieren escuchar la santa
palabra de la boca nazarena.

De pronto hay un murmullo de colmena....
es que con paso grave se adelanta
y de Jesús ante la humilde planta
se arrodilla la hermosa Magdalena.

Y cuentan que el castísimo rabino
al sentir en sus pies de peregrino
el suave roce de la rubia trenza,

entornó las pupilas blandamente,
y como oyera murmurar la gente
enrojeció de súbita vergüenza.

MAGDALENA

Magdalena era un lirio que entreabría
su cáliz al amor, como en la noche
abren los astros su encendido broche
sólo para cantarle a la alegría.

La rubia cabellera le caía
como un manto imperial, en un derroche
de oro y de perfume.... Era un reproche
su voz, llena de amor y de armonía.

Sobre la palidez de sus ojeras
sus pupilas cargadas de quimeras
tenían yo no sé qué desconsuelo....

Y era traidora: tal una laguna
que a la luz soñadora de la Luna
copia la gran serenidad del Cielo.

JESUCRISTO

El más dulce de todos los rabinos
—Jesús,—envuelto en misteriosa lumbre,
predicando el amor, la mansedumbre,
ajó la rosa de sus labios finos.

Su sombra fué por todos los caminos;
y El, de tanto mirar la muchedumbre,
ya tenía su oscura pesadumbre
impregnada en los ojos sibilinos.

Risueña barba, luminosa, de oro
envolvía con místico decoro
su faz entre una enredadera loca;

Y ante la absorta gente que lo oía,
la enredadera de oro florecía
rosales de ternura por su boca.

EL ENCUENTRO

Como una mariposa de oro y rosa,
como una gigantesca mariposa,
la Tarde iba volando, presurosa,
a quemarse en las llamas del Ocaso.

Suelto el cabello que con áureo lazo
cerraba su garganta primorosa,
Magdalena, la rubia licenciada,
cruzaba el campo con sereno paso.

De pronto, con un nimbo de destellos
que la tarde ponía en sus cabellos,
Jesús bordó a lo lejos el camino,

Y trémula de amor y de ternura
se desprendió la pródiga hermosura
tras de la huella del Pastor Divino.

LA CONFESIÓN

Del brazo de Jesús va Magdalena,
y se ven sus cabezas tan unidas,
que sus sombras absortas, distraídas,
una sola parecen en la arena.

JESÚS

—Dicen las gentes que no has sido buena,
y aunque hay bocas que cuentan tus caídas,
tus pupilas de azul adormecidas,
no me hablan de maldad sino de pena.

MAGDALENA

Fuí con el corazón puesto en las manos
dando mi alma y mi sangre a mis hermanos
porque encuentro en ser buena mi alegría;

Mas si amar en el prójimo es pecado,
perdonadme, no tanto porque he amado,
Señor, como porque amo todavía....

LA TENTACIÓN

Bajo la blanca Luna que con vuelo
de paloma cruzaba el infinito,
era la voz de Magdalena un grito
lleno de angustia y de amoroso anhelo.

Jesucristo tembló. Quizá en el cielo
con su pluma de oro, un aerolito
dejó a sus ojos en la sombra escrito
algo que lo llenó de desconsuelo....

Y quedóse clavado en la llanura
mientras que Magdalena, con ternura
fijaba en él sus dos pupilas bellas;

Y el Divino Pastor, todo aturdido,
tembló, cual si lo hubieran sorprendido
para verlo de cerca dos estrellas.

LA MAÑANA SIGUIENTE

La mañana siguiente, una serena
mañana, luminosa y cristalina,
predicaba el Maestro su doctrina
de mansedumbres y bondades llena.

No advirtió la pupila nazarena
que envuelta entre la gloria matutina,
a lo lejos venía la divina
escultura triunfal de Magdalena.

Ella avanzó con planta cautelosa
y por sobre la turba religiosa
los ojos puso en la cabeza santa;

Y un instante, fugaz e imprevisto,
palideció al mirarla Jesucristo
y se anudó la voz en su garganta.

RICARDO MIRO.

(La Revista. Carácas.)

Pueblos débiles, no entreguéis vuestra existencia colectiva a la caridad de los demás. No esperéis que os hagan justicia por la justicia misma. Trabajad, producid. Trabajad en la granja, en el taller, en el gabinete, en el laboratorio. Acumulad argumentos eficientes de todo género, única manera de que llegado el caso sea respetado eso que llamáis "vuestro derecho".

LUIS PASCARELLA.

La carreta

Desvanecimiento crepuscular de una tarde de verano. Cielo sin nubes, de azul tropical marino. La media luna, como trozo de cuarzo, todavía opaca. En el extremo oriente las montañas lejanas se diluyen en esfumación de tintas violetas. Llanura extensa manchada a trechos por tupidas aglomeraciones de árboles. Rozando los rubios maizales, tirada por dos robustos y lentos bueyes, una carreta se bambolea. Adórnanla arcos de ramaje nuevo y chillantes banderolas. Va llena de muchachas, risas y picardías. Ellas, rubias y morenas, con coronas de rosas silvestres en la cabeza o con sombreros alones de flexible paja, todas traviesas, en equilibrio inestable—motivo de sustos y bribonadas—se afianzan de los débiles arcos con sus manecitas temblorosas. A los lados de la carreta, y a pie, flautistas y tamboriles tocan aires retozones. En una quiebra brusca del terreno salta la carreta: las muchachas lanzan un grito y caen unas sobre otras, como ramillete desbaratado, confundándose, entre la risotada general, las cabelleras, los listones, las faldas, las pantorrillas descubiertas.....

(*Esfinge*. Tegucigalpa.)

JESUS URUETA.

En casa de D'Annunzio

I

¿Qué se había hecho el poeta legendario de todas las elegancias, de todos los refinamientos y todas las raras complicaciones, el de los trajes color del tiempo y de los perfumes sin nombre, el cazador de imágenes singulares; el escrutador de corazones exaltados?...

Hacia algún tiempo en la isla de San Luis, entre velos tenues que tamizaban las luces de lámparas invisibles, lo había yo visto envuelto en el humo de cazoletas orientales. Su rostro tenía entonces algo de diabólico, y por sus labios pasaban, en vuelos sinuosos, las sonrisas del capricho, del orgullo y de la ironía. A sus pies, dos grandes lebreles de pelo plateado alargábanse como bestias de tapicerías medioevales. Millares de rosas decapitadas cubrían, con la sangre de sus pétalos, manteles de encaje, dignos de regias capillas. En los nichos de piedra de la estancia, las madonas de cera extasiábanse en posturas de anhelo. Y cuando él abría la boca era para recitar, en tono de melopea febril, los salmos de su incurable sed de goces imposibles...

Pero luego, cuando volví a encontrarle en Roma, en la aurora roja de la guerra italiana, ya no era el mismo.

* * *

“Saro molto felice di avere il latinissimo Carrillo a colazione frugale qui da me giovedì al Toco”—escribióle a un amigo común, cuando supo que yo acababa de llegar. Y yo me preparaba a escuchar el antiguo monólogo de la adoración de sí mismo, a ver un cuadro más raro que el de París, a sentir aromas más embriagadores, a beber en copas más suntuosas... Y hé aquí que, de pronto, sentíme en una atmósfera de vida franca y magnífica, que después de desconcertarme por lo inesperada, me encantó y me reconfortó.

* * *

Estábamos en una sala vulgar y elegante, alrededor de una mesa de hotel. Por las ventanas abiertas se veían las enramadas del corso, y los únicos perfumes que llegaban hasta nosotros eran los del jardín de la reina Margarita. A la derecha del poeta hallábase Fernando Martini, el ministro, y a su izquierda, Rastignac, el cronista. Enfrente estábamos Aníbal Teneroni, Darío Niccodemi y yo. Las voces eran claras, cordiales, ardientes y en vez de acentos de elegía, oíanse a cada instante las viejas palabras “patria”, “guerra”, rejuvenecidas por adjetivos de amor y de confianza.

—No te reconocerían tus adoradores de antaño—díjole Niccodemi.

D’Annunzio sonrió con juvenil regocijo y murmuró:

—No... De seguro...

Luégo, poniéndose serio:

—Eso consiste en que no me conocían... Porque yo he sido siempre el mismo... Hoy, revolviendo papeles de mi adolescencia, he encontrado una de mis primeras odas, escrita en el colegio... a los quince años... Os la voy a recitar.

Y con acento metálico, exclamó:

Spera! Verranno per l'Italia nostra
i di novelli: ne'l ceruleo spazio
bello di gloria splenderá il vessillo
su'l Campidoglio.

* * *

En seguida, cambiando de tono, con una gran ternura en la voz, volvióse hacia Martini y le dijo:

—Usted fué el primero que reconoció en mí los dones poéticos... ¿Lo recuerda? Yo estaba en la escuela estudiando retórica, y en mis ratos de libertad escribía. Un domingo ocurrióseme enviar una de mis producciones a un periódico dirigido por Ud. Pocos días después recibí una carta del director y un billete de 50 liras en pago de mi trabajo. Todo el colegio contempló aquel billete con admiración respetuosa, y en el acto los compañeros que hasta entonces no me habían hecho caso, se convirtieron en mis admiradores. Yo estaba tan contento, tan orgulloso, que me juré solemnemente guardar hasta mi muerte las 50 liras aurorales. Sólo que mi amor de los pasteles y de las tortas era más grande que mi voluntad, y el tesoro fue devorado...

El poeta hizo un gesto que le es familiar y que le da un aspecto infantil, picaresco y tímido a

la vez; un gesto de los labios que se entreabren y de ojos que se entornan, y murmuró con voz muy queda, muy dulce, casi femenina:

—Los pasteles, los bombones, los sorbetes... las tres primeras pasiones de mi vida... ¿Te acuerdas, Rastignac?.. En el Fracassa, para hacerme escribir, tenían que darme una "scatola" de dulces... ¡Y los helados!... En el café Aragno, hace seis lustros, después de las doce y media de la noche, los sorbetes que quedaban se nos vendían a tres sueldos cada uno, y todos tomábamos las cantidades que correspondían a nuestras fortunas... Un día yo tomé cincuenta... ¿Te acuerdas?... Fué un día de riqueza y de gloria...



Rastignac, siempre risueño, contemplaba con ternura a su amigo de infancia, y por sus pupilas claras pasaban los recuerdos de la alegre bohemia romana de hace treinta y cinco años... ¡Ah! Los "saloni gialli" del "Fracassa", en los cuales los hombres más ilustres reuníanse para soñar sus ensueños locos de grandeza, entre bromas y disputas!.. Allá era donde el futuro senador Paolo Michetti pintaba la caricatura del futuro ministro Martini; allá Eduardo Scarfoglio, ya endemoniado, trepaba sobre los robustos hombros de Vassallo para hacer la pirámide humana; allá Wamba componía en un piano desvencijado sus famosos coros en honor de Emulsión de Scott; allá Giacosa, que aparecía cual un personaje legendario, por haber ganado mil liras con una comedia, pedía a los jóvenes críticos que no fue-

ran crueles para con sus obras; allá Alberto Mario buscaba padrinos para desafiar al Papa León XIII por haberle puesto hojas de parra a la Venus del Vaticano; allá Pascarella vacilaba entre sus aficiones pictóricas y su instinto poético; allá Oreste Baratieri, hoy tristemente famoso por el desastre de Adua, aplaudía los sonetos libertinos de una princesa anónima; allá, en fin, era donde se formaba la Roma magnífica de hoy.

“Fu in questo ambiente—dice Rastignac en un libro famoso—che Gabriele face la sua prima iniziazione alla vita della capitale.”

Y agrega:

“Fra questa gente non irritabile egli passano sorridenti come un piccolo dio grazioso chi fosse a tutti dolce offrire confetti e carezze per renderselo propizio.”

* * *

El gran poeta y el gran cronista, tan calvo el uno como el otro, se miraban largamente, evocando aquellos tiempos, y sus ojos, cansados de haber visto tan de cerca la vida durante tantos lustros, se humedecían y se rejuvenecían.

—Bello tiempo—murmuraba el cronista.

El poeta sacudía su cráneo desnudo y contestaba:

—El bello tiempo es éste en que vivimos, esta aurora de una Italia redimida por el milagro en que todo brilla con luces maravillosas, en que el pasado no sirve sino para que el porvenir se apoye en él, en que todo grita con voz de himno.

en que la grande alma del pueblo encuentra su temple de acero, vibrante cual una espada...

El rostro, el busto, el acento, todo había cambiado instantáneamente en el gran patriota. Sus labios no eran ya sinuosos y enigmáticos, ni infantiles, ni irónicos, ni voluptuosos, como cuando recitan madrigales, sino que temblaban llenos de vida y de energía. La mirada gris de sus ojos redondos lucía con un fuego claro y tranquilo. Su torso erguía, haciendo olvidar la pequeñez de la estatura, y el pecho, amplio, fuerte, tenía algo de atlético. Por primera vez veía yo delante de mí al cantor de todo un pueblo, de toda una raza, al vate de la guerra, de la violencia y de la esperanza, cuya voz encarna los ideales de una nueva humanidad redimida por la sangre y por la fe.

* * *

Las palabras seguían brotando, cálidas, de su boca de máscara antigua, muy abierta, muy móvil y hasta algo ruda. Era el eterno himno de la Italia de hierro, que se forja en el crisol de la lucha.

"Candente está aún le inmenso horno. ¡ Oh, compañeros ! ¡ Oh, hermanos ! Que así candente, permanezca, quiere nuestro genio ; y que el fuego hierva ansioso, y que el fuego trabaje hasta que todo el metal se disuelva, hasta que la colada esté pronta, hasta que el choque del hierro abra el paso a la sangre ardiente de la resurrección. Ya blanquea el ardor en todas las hendiduras, en todas las grietas. Ya empiza

a moverse el metal. El fuego crece y no basta. La fuerza de la llama crece, crece cada vez más, y no basta. Quiere más combustible, todo lo quiere, todo lo reclama.”

Durante un largo instante, el almuerzo suspendióse. Todos oímos con respeto el lírico clarín que repetía su marcha triunfal. Y tras el himno de lucha elevóse el evangelio de la patria redimida, engrandecida, purificada, santificada por el esfuerzo común, y el común holocausto.

“¡ Dichosos los que más poseen, por que más podrán dar y más podrán arder !

“¡ Dichosos los que tienen veinte años, una mente casta, un cuerpo robusto, una madre animosa !

“¡ Dichosos aquellos que esperando y confiando, no disiparon sus fuerzas sino que las sometieron a la disciplina del guerrero !

“¡ Dichosos aquellos que desdeñaron los amores estériles y se conservaron vírgenes para este primero y último amor !

“¡ Dichosos aquellos que, habiendo gritado ayer en contra del azar, aceptaron en silencio la suprema necesidad, y no querrán ser los últimos, sino los primeros !

“¡ Dichosos los jóvenes que han tenido hambre y sed de gloria, porque ellos serán hartos !

“¡ Bienaventurados los misericordiosos, porque tendrán que restañar una sangre espléndida y que vendar radiantes heridas !

“¡ Dichosos los puros de corazón, dichosos los que vuelvan con la victoria, porque verán la nueva paz de Roma, la coronada frente del Dante, la triunfal belleza de Italia.”

II

El poeta continuó hablando, en el mismo tono, con el mismo fuego, entregándose en cada frase, vibrando a cada exclamación. Había algo que era como una idea fija, como una sublime locura, en su obsesionante voluntad patriótica. Y era en vano tratar de hacerlo tornar los ojos hacia el arte, hacia el pasado, hacia la Gracia que fué su compañera de otros días. La garra de la tragedia habíase plantado en su pecho y todo su ser se estremecía ante las visiones de un futuro magnífico. Pensaba tornar a Venecia, no para volver a ver el espectáculo del "Fuoco", no para gozar ante los esplendores del sol que dora las cúpulas, sino para tomar parte en una batalla naval. Sobre una butaca tenía su uniforme de aviador. También tenía un uniforme militar para más tarde, y murmuraba, lleno de fe, que con él puesto entraría en Viena. Su musa misma, desdeñando los soberbios mantos de púrpura que hicieron su gloria universal, no agitaba sino un modesto airón de "bersagliere" y clamaba, vestida de humilde paño gris, como un simple soldado de línea, los cantos ásperos de la fe nacional.

—Ya verá usted—decíame—, ya verá usted mis canciones nuevas, que son sencillas, cual si nacieran en pleno campamento, lejos de todo lugar de vanos refinamientos retóricos... Nada más que gritos de heroísmo y promesas de recompensa... Cada guerrero que caiga en una acción extraordinaria, tendrá su nombre escrito en mis

estrofas... Es mi Paraíso, después de tantos Purgatorios..... Los versos me brotan de los labios sin que yo los busque y hablan la lengua de la divina plebe que muere y que mata..... Ya verá usted..... muy pronto.....

Luégo, la obsesión de la muerte volvía a su mente.....

“¡ Dar su sangre !” Deseaba morir una mañana, allá, hacia el fin de la guerra, en la capital del imperio aborrecido, cuando sea necesario luchar frente al palacio del emperador austriaco.... O si no, en el mar, en el Adriático de sus amores y de sus odios, una tarde de arreboles rojos, en medio de un combate formidable, rodeado de llamas, de clamores triunfantes, de músicas de bronce....

* * *

El poeta parecía fatigado y exaltado a la vez. Con la misma fiebre con que antes había comido, devorando los manjares casi sin masticarlos, encendió cigarrillo tras cigarrillo, se envolvía en nubes de humo aromático. Por las ventanas abiertas entraba el aire fresco llevándonos las palpitaciones tricolores de las banderas que decoraban la puerta del hotel. Un sol espléndido iluminaba las copas de los magnolios del jardín de la reina Margarita. Arriba, el cielo azul, sin una nube, el cielo romano, parecía un domo de lapizlázuli.

—¡ Dios mío, cuán bello es todo esto !—murmuraba, asomándose al balcón y respirando con febril voluptuosidad los efluvios de las frondas.

Y había tal sencillez, tal frescura de ánimo, tal fuerza de vida en aquel hombre, que yo me

pregunté si no habría sido una ilusión la que en París me hacía creerme, cuando lo visitaba en su palacio de la isla de San Luis, en un santuario de los más artificiales refinamientos... Porque no había ya nada en él, nada, ni en su persona, ni en su voz vibrante, ni en los objetos que lo rodeaban, que hicieran pensar en el D'Annunzio de otro tiempo.

—Parece usted un hombre nuevo—le dije, al fin.

... —Sí—me contestó—. Parezco ya un soldado...
¿No es cierto?....

* * *

Escuchando su voz de bronce no acertaba yo a comprender, verdaderamente, cómo durante tantos años hemos podido todos, engañados por algunas novelas juveniles, equivocarnos sobre el verdadero carácter cíclico y popular, nacional y cíclico, mejor dicho, del gran poeta de Italia. Porque, lo repito, no es de hoy este fuego, no es de hoy este soplo vivificante. Desde los primeros albores de su genio, D'Annunzio aparece, cuando no se le ve a través del "Placere", tal cual las circunstancias lo han hecho, al fin, eruirse ante el mundo. Es preciso leer sus cartas escritas en plena adolescencia para comprender que bajo el aparente bizantinismo de las páginas que las damas leen como breviarios morbosos, ha palpitado siempre un "cuore" de guerrero latino. Todavía no tenía dieciocho años, cuando, al salir del colegio de Prato, escribió a su maestro: "La mia prima missione su ques-

ta terra e d'insegnare al popolo ad amare el propio paese, la seconda e di odiare a morte i nemici d'Italia e di combatterli sempre." Y más tarde, en medio de sus triunfos mundanos, en el momento en que las lindas pecadoras coronaban de rosas su cabeza aún poblada de bucles castaños, dirigió a otro de sus antiguos profesores estas líneas: "Ah, se toutti gl'italiani fossero come me, avrebbero i nemici a pagar ben caro tutto il sangue que ci hanno levato colle viltá e coi tradimenti!" Pero, ¿a qué buscar en páginas íntimas esta fidelidad al principio jurado? Toda su obra poética está llena de fuego santo.

* * *

Hablando de lo que puede llamarse la leyenda d'annunziana, el maestro se indignó de nuevo contra la "estulticia" de las imágenes que lo hacen aparecer como una especie de des Esseints genial y libertino.

—¿Me ves tú vestido de blanco, en un caballo sin silla, con una guirnalda de asfodelos en las sienas, a la orilla del mar, recitando odas lánguidas?—preguntó a Aníbal Teneroni—. Desde luégo, el lujo, la elegancia y el refinamiento me gustan y no lo niego.... Pero creo que mi indumentaria ha sido siempre de una corrección británica y mis aficiones siempre viriles... ¿No es cierto?...

¡Viriles! Ya antes de ahora, en el salón parisiense, lleno de rosas y de perfumes, había yo notado la frecuencia y la energía con que D'Annunzio pronuncia esta palabra. "Ser feo

—díjome un día en que contemplábamos un retrato suyo dibujado en una plancha de metal por Valentina de Saint Point—no me importa, con tal de tener un aspecto viril.” Y otro día, como se hablara de la hermosura de un actor, exclamó con desdén: “no puede gustarle a las mujeres porque no tiene un aspecto viril.” Su misma calva, de la cual los caricaturistas se sirven demasiado a menudo, lo entristece menos que su corta estatura. “¡Ser alto!—murmura a menudo alzándose sobre las puntas de los pies—. ¡Ser grande!”



Roma, en sus semanas de conmoción, lo vió grande. Cuando la víspera del voto supremo del Congreso, apareció el poeta en su balcón del Hotel Regina, y, extendiendo un brazo gritó: “¡Romani! ¡Romani!”, su figura crecióse de pronto con proporciones de estatua, y, reemplazando la antigua imagen falsa, surgió una imagen nueva que vivirá eternamente al lado de la de Dante. Hay que haber asistido a las convulsiones que determinaron la guerra para darse cuenta de este milagro transfigurador. El que la víspera no era sino un “picolo dio gracioso”, un “enfant de volupté”, un niño mimado de la fama y de la mala fama, metamorfoseóse súbitamente en un sér casi divino. Fernando Martini, que fue el ministro que declaró la guerra, y que podría reivindicar para su Gobierno el honor trágico de haber despertado el alma del pueblo, díjole aquel día: —Al volver del destierro lograste el milagro que el Alhigieri sólo soñó....

Con una gracia grave D'Annunzio contestóle:
—No hay que hablar de mí... Yo no existo...
Nada existe... Nada más que la patria... La
gran patria latina...

III

De pronto, el poeta volvióse hacia mí y me dijo:

—Que España no palpите con todo su corazón de acuerdo con sus dos hermanas latinas, es inverosímil.... En Italia, hasta en los momentos en que más fuerte parecía el lazo de la triple alianza, el pueblo sentíase atraído hacia Francia.... Una guerra italo-francesa habría sido imposible, aun en tiempo de Crispi.... Ya usted sabe que yo estaba en París en Julio del año 1914, cuando estalló el conflicto europeo, y que, sin consultar a nadie, desde luégo dije, seguro de no equivocarme, que jamás mi patria haría causa común con los alemanes. Mis temores, no de guerra, sino de neutralidad definitiva, vinieron mucho más tarde....en vísperas de las fiestas de Quarto....

* * *

D'Annunzio inclinó la cabeza como agobiado por el peso de un recuerdo, y hablándose a sí mismo, lentamente, en voz baja, murmuró:

—Al saber que el rey y el Gobierno se abstendrían de ir a Génova, que Giolitte se hallaba en Roma, que Austria había hecho nuevas proposiciones, sentí que todo estaba perdido y me encontré sin patria.... Volver a Francia después de haberme despedido prometiéndole la guerra, era

imposible.... Quedarme en Italia, nunca.... Entonces pensé en América, en la Argentina, no en Buenos Aires, no, sino en el campo, para encerrarme por siempre en la soledad y llorar la ruina de la conciencia italiana y del ideal latino.... Porque no se trataba únicamente de Italia como país, sino de la latinidad como mundo.... Conquistar el pulmón izquierdo del Adriático y poder, al fin, respirar, es una gran empresa nacional.... Otra empresa, más alta, más necesaria, es combatir por mantener, con el apoyo paternal de Francia, la supremacía del pensamiento latino y de la cultura mediterránea, que son tan necesarias a los hombres. Esta guerra, desde un principio, es una guerra divina, una lucha de raza, de almas, una oposición de poderes irreconciliables, una prueba de sangre, de la cual ha de salir, o una barbarie mundial o un universo redimido.... Era necesario ser ciego, como lo son nuestros políticos giolittistas, para no ver desde luégo que las hordas germánicas, una vez vencedoras, no se habrían contentado con las tierras del Norte, sino que hubieran buscado nuestros golfos. Mejor que la desembocadura del Rhin, en efecto, lo que, a través de los siglos, desde la Edad Media hasta hoy, han buscado los hijos de los suavos es la dominación del Adriático. Más de una vez los pangermanistas han confesado que uno de sus desiderátum futuros consiste en hacer de la Dalmacia un Reichsland para dominar el Mediterráneo.... Y la voluntad germánica es tan recia que se necesita el hacha latina manejada por los brazos de todos los hijos de Roma para abatirla.... Todo esto, que ahora comprenden hasta los barqueros de Nápo-

les, hace doce meses yo era el único en clamarlo a todos los vientos... Mi orgullo, mi único orgullo es haber visto antes que los demás y haber ayudado a abrirles los ojos a mis compatriotas... Ahora....

El poeta levantó la cabeza, sonrió y me miró con pupilas brillantes.

Y continuó, midiendo cada palabra:

—Ahora, créame usted, no es hablar por hablar; ahora mi único anhelo es dar mi sangre a Italia.... Yo tengo la idea de que el mundo es un mar de sangre y de que nadamos en la sangre.... A veces, para alimentar a los seres que viven, la sangre escasea.... Entonces los hombres deben dar sangre, su sangre viva, roja, robusta.... Yo ofrezco la mía; tengo tal deseo.... No me creará usted.... Anoche me hice una herida aquí para ver mi sangre....

Con los dedos crispados, D'Annunzio oprimíase el brazo izquierdo, como si quisiera hacer brotar la sustancia roja de sus venas. Su boca, contraída en una mueca dura, dejaba ver los dientes amarillos. Su rostro se alargaba y tomaba, con la punta mefistofélica de su barbilla incolora, un aspecto de máscara de marfil obscuro.

Luégo, llenando febrilmente mi copa de vino y la suya de agua, cambió de expresión y sonrió con su sonrisa de niño, murmurando, algo avergonzado de su arrebató:

—Usted se burla de mí, ¿no es cierto?

* * *

¿Burlarme?... El, que conoce mi devoción ya antigua, sabe que nunca, ni en los días de las ra-

rezas que hacían sonreír a París, dejé de venerar su genio. Y entonces, cuando transfigurado, me aparecía como el poeta de una raza, cuando de todas sus pasiones errantes hacía un único amor y se ofrecía en holocausto a una idea, ya no era sólo al poeta al que admiraba, sino al héroe. Porque no hay duda de que este hombre lleva dentro de sí un alma de magnífico sacrificio. El 3 de Septiembre, el día en que los alemanes se acercaban a París, en vez de pedir a su amigo Gallieni que le permitiera marcharse hacia Burdeos, le suplicó que le dejara participar de la defensa, en uno de los fuertes avanzados.

—Quiero morir por Santa Genoveva—decía.

Hoy es por Italia, por su Italia, por la que quiere morir.

—Pero, ¿no cree usted que es necesario esperar el día del triunfo para saborear la bienaventuranza completa?—le pregunté.

—No—me contestó—; no... El triunfo ya lo he saboreado... Lo único grande es ser una gota de sangre en la onda regeneradora...

Luégo, con melancolía agregó:

—Lo malo es que no quieren creerme...

* * *

Para tratar de alejarlo de sus ideas lúgubrememente heroicas, le hablé de su casa de París, de sus amigos de París, de sus lebreles blancos, de sus perfumes, fiestas maravillosas...

—Todo eso—exclamó, como saliendo de un sueño—es miserable...—La vida que hemos llevado hasta ahora, entre mujeres y flores, entre halagos de vanidad e ilusiones de lujuria, es miserable...

Ahora, cuando el mundo se renueva en la egregia prueba del fuego, lo que se llama el placer me parece vil... Fuera del trabajo y de la acción no hay nada grande... Y esto no es nuevo en mí... Usted ha hablado de mi leyenda... Sí... ya sé... algo monstruoso, una mezcla de cinismo y de bluff, una comedia mágica hecha para espantar a los burgueses y para enloquecer a las mujeres incautas... Pero todo eso no existe, todo eso no es nada más que una patraña... El lujo, sí... El amor y los amores, sí... El desorden, las deudas, sí, sí... Sólo que, en las épocas más frívolas de mi existencia, por encima del "enfant de volupté", ha estado el hombre de esfuerzo y de energía... Hace pocos días, no sé si usted lo notó, cuando tomábamos el té en la Villa Médicis, un joven, discípulo de monseñor Duchesne, empeñóse en hacerme explicar mi método de trabajo. Mi método verdadero es trabajar sin descanso día y noche, diez, doce horas seguidas, semanas y semanas, meses y meses... No hay más que ver el peso material de mi obra... Mis dramas... mis novelas... mis poesías... ¿Cree usted que se puede poseer ese tesoro a los cincuenta años sin haber trabajado como un fraile benedictino?... Y en mi labor no hay nada improvisado... Bueno o malo, todo ha sido llevado por mí sin desaliento hasta el límite extremo de perfección de que soy capaz... Cuando termino una página, no tengo ni siquiera necesidad de corregirla, y puedo mandarla a la imprenta sin leerla, porque cada frase que escribo la pulo y la peso antes, con un respeto religioso de mi arte... ¡Ah! Y además de trabajar, he sufrido... ¿Se puede

acaso ser el autor del "Triunfo de la muerte" sin haber sufrido terriblemente?... El dolor ha sido mi maestro... ¡Dolor, divino musageta!... Me acuerdo que un día, en Pescara, un niño se ahogó al pie de mi ventana, y que la madre, ante el cadáver, loca de pena, se puso a cantar con una voz deliciosamente armoniosa. Yo soy cual aquella madre... En mi alma todo aparece exagerado, pero rítmico y sincero, como brotado de mi alma... El "Piacere" es la exageración de la elegancia; la "Figlia del Yorio", la exageración de la rudeza; el "Triunfo de la muerte", la exageración de la exaltación... Y siempre, por encima de todo, la vida, la vida palpitante, la sangre, el alma, el amor, el hombre... Mi amigo Morello me hace decir, en uno de sus artículos, contestando a Ruskin, que yo dejaría perecer un pueblo entero por salvar un templo griego. Esto no es cierto. Lo más grande para mí es el pueblo. Hace poco, visitando la catedral de Reims, bombardeada, yo le aseguraba al Arzobispo que no había por qué llorar la ruina de su divino santuario, pues tal cual ahora lo vemos es más bello que antes, porque encarna el dolor y la lucha de una raza.

Ahora mismo, ante los crímenes alemanes contra la belleza de Venecia, nada sufre en mí. ¿Es necesario que perezca Venecia para que Italia triunfe? Que perezca. Todo puede perecer, con tal que el principio de un pueblo y de una raza perdure. Y no vale decir que con evitar la guerra habría bastado. Sin la guerra, aun en el caso de que Austria nos hubiese hecho concesiones importantes, Italia habría dejado de ser Italia, porque el

motor latente de su ánima era la lucha por la reconquista. Los países no son exactamente un territorio y un número determinado de millones de seres humanos. ¿Cree usted, por ejemplo, que la Alemania de mañana, vencida, aunque no sea disminuída, será la Alemania de ayer? No. La victoria da alas a las razas y la derrota se las corta. Desde el año 70, Francia no ha vivido en grandeza, en belleza y en nobleza, sino porque ni un solo minuto ha dejado de acariciar la idea sacrosanta de su revancha. ¿Qué es Alsacia y Lorena? Nada. La pelea y el éxito, hé ahí lo esencial para que en el baño de sangre se afiance y se purifique el organismo.

E. GOMEZ CARRILLO

Inquietud

Siempre, siempre esta honda
inquietud en el fondo de la vida,
siempre este mismo suspirar por algo
y la frente caída
Amigos, ¿dónde el dulce
regazo bienhechor, la mano amiga?
El corazón, el corazón no sabe
quién le infirió esa herida,
ni por qué esa tristeza dolorosa
al través de las horas y los días....
Mas, a pesar de todo,
emoción, inquietud, melancolía,
cómo os amo, os adoro,
dulces hermanas mías!

JUAN AYMERICH

Córdoba, Rep. Arg., 1917

(De *Elegías.*)

Las dos paces posibles

ESTA es una guerra por la constitución del mundo. Se están disputando en ella los principios en que deberá inspirarse el régimen jurídico a que se han de sujetar las naciones para dirimir con arreglo a derecho sus querelas internacionales. Por ser una guerra por la constitución jurídica del mundo es también una guerra en que se debate la independencia de las naciones débiles, la libertad política de los pueblos y la continuación o abolición de los predomios militares, aunque otra cosa opinen los neutralistas. Pero es el caso que todas las naciones y la casi totalidad de los individuos combatientes anhelan con idéntico fervor el restablecimiento de la paz. ¿Por qué no hacen la paz? Porque los hombres reflexivos saben y los hombres emocionales sienten que la historia ha encomendado a la generación presente la solución de un problema que merece y exige su sacrificio: el problema de la constitución jurídica del mundo.

Se lucha por la libertad política de los pueblos. Pero, ¿cómo ha de entenderse la libertad política de los pueblos? La constitución de

Prusia concede al Rey el ejercicio del poder ejecutivo, la facultad de nombrar y despedir los Ministros, la de convocar ambas Cámaras, cerrar sus sesiones y disolver la Dieta, la de mandar los ejércitos, hacer la guerra y concluir la paz. Esta constitución es evidentemente incompatible con la libertad política del pueblo prusiano; pero si el pueblo prusiano prefiere que su Rey ejercite la facultad de nombrar y despedir los Ministros a que la ejercite el Parlamento, sería y es absurdo suponer que se han registrado en las oficinas militares de reclutamiento de los Estados Unidos diez millones y medio de jóvenes, como acaban de hacerlo, en efecto, para imponer a los prusianos una reforma constitucional con la que pudieran no estar de acuerdo. Y es lo cierto que no se han alistado para semejante cosa. No se trata de imponer a Prusia una cierta reforma constitucional. En tanto que el absolutismo prusiano no oprima sino a los súbditos que lo desean, el resto del mundo no tiene que hacer sino lamentar su existencia. La guerra no se libra para beneficio de la Dieta de Prusia o del Parlamento alemán en sus relaciones con el Jefe de su Estado.

Al decir que se lucha por la libertad política de los pueblos, se entiende que se lucha por esa libertad en la vida internacional de las naciones. En su reciente Mensaje al Gobierno Provisional de Rusia, el Presidente Wilson ha

dicho ésto con claridad meridiana: "Ningún pueblo ha de verse forzado a aceptar una soberanía bajo la cual no desee vivir. Ningún territorio ha de cambiar de manos como no sea al propósito de asegurar a sus habitantes una ocasión propicia para la libertad y la vida." Se trata de dar a los pueblos ocasión para que se organicen libremente. Si hay un pueblo que espontáneamente prefiera las cadenas, nadie le obligará a ser libre con un puñal al pecho. No se trata sino de impedir, con la fuerza conjunta de los demás Estados, que extienda a otros pueblos sus propias cadenas.

Lo mismo se aplica a la cuestión de los predomios militares. No se trata de abolir la nobilísima profesión de las armas, ni de regular dentro de cada pueblo la jurisdicción del poder militar. Esta es cuestión que cada pueblo ha de resolver a su modo. Si hay un pueblo que prefiere ser gobernado por militares a serlo por paisanos, el resto de la humanidad no va a desangrarse para imponerle la supremacía del poder civil. Lo único de que se trata es de constituir el mundo de tal forma que ese predominio militar no pese, amenazador, sobre los demás pueblos, impidiéndoles constituirse conforme a sus ideales, por temor a la agresión posible o inminente.

Con esto no se niega la existencia de una conexión íntima, profunda, entre la política

interna y la política externa de los pueblos. Esa conexión existe, y sería ceguera desconocerla. Pueblos grandes y poderosos no suelen someterse a predomios militares, sino con la esperanza de hallar pago a su propia sumisión en el sometimiento de otros pueblos. Pero el objetivo de la guerra es impedir que los pueblos se vean sometidos a predomios militares extranjeros contra su voluntad, y no que se sometan a predomios militares propios, si tal es su deseo.

La cuestión de la independencia de los pueblos débiles es de orden superior, porque es cuestión esencial y exclusivamente internacional, que no puede ser torcidamente referida a la política interna, como se ha tratado de hacer con las de la libertad política y los predomios militares. Y es muy cierto que se lucha por la independencia de los pueblos débiles. ¿Quién atentó a la de Serbia, sino Austria-Hungría?

¿Quién la defiende, sino los Aliados? ¿Quién atropelló la de Bélgica? ¿Quiénes vierten su sangre por rehacerla? Pero si la independencia de Bélgica y de Serbia es propósito esencial de la guerra, ello no significa que Serbia y Bélgica valgan por sí mismas los sacrificios que el mundo hace por ellas. La independencia de Bélgica y de Serbia es esencial en cuanto es símbolo y ejemplo de la de todos los pueblos pequeños, y aun de segundo orden, porque si

la humanidad consintiera que la independencia de Bélgica y de Serbia desapareciese, todos los demás pueblos débiles del mundo se entregarían inmediatamente al amparo de los fuertes, capaces de protegerles, al modo que los labradores de la Edad Media se encomendaron a la protección de los señores feudales. El mundo se habrá constituido entonces en un sistema de feudalismo internacional, en el que sólo serán naciones soberanas las más fuertes, y las otras quedarán reducidas a vasallaje. Así está constituida Alemania, sobre la base de la soberanía de Prusia; así se trata de constituir la Europa Central sobre la base de la soberanía de Alemania, como paso primero para constituir el mundo sobre la misma base.

Sólo ante la realidad e inminencia de este peligro adquieren plena significación los sacrificios de la humanidad por evitarlo. Cada una de las cuestiones secundarias que la guerra debate es importante. La causa de Alsacia-Lorena es tan sagrada para Francia, como la de las tierras irredentas para Italia, o como la libertad de los pueblos eslavos para Rusia. Pero si la causa de Alsacia-Lorena es sagrada para Francia, el principio en que se inspira la reivindicación de la Alsacia-Lorena debe ser sagrado para el mundo entero, porque si llega a sancionarse el pretendido derecho de los países fuertes a enseñorearse de los débiles, no solo se sigue a esta sanción el vasallaje de

lan naciones de segundo y tercer orden, sino también el sacrificio en todo el mundo de todas las actividades científicas, religiosas, artísticas, sociales y morales, que hacen la vida digna de ser vivida, a la aspiración única y exclusiva de acumular la fuerza, convertida ya en solo origen del derecho.

Si fuera cierto, como dicen los neutralistas de lengua española, que no se pelea por la independencia de los pueblos débiles, ni la guerra hubiese sido necesaria, ni habría llegado a estallar. En el mundo quedaban todavía bastantes nacionalidades débiles y libres para satisfacer todos los apetitos imperialistas. Con solo dejar a Alemania apoderarse de las colonias portuguesas o belgas, o de las provincias brasileñas del Sur, o de los países balcánicos, o del valle del Orinoco, se habrían ahorrado los pueblos de la "Entente" la sangre que a ríos han vertido y que siguen vertiendo. Un reparto de naciones débiles no habría sido más difícil para las Cancillerías de las grandes potencias de lo que fué el reparto de Africa, realizado en el último tercio del siglo pasado. Alemania no quería, no pedía otra cosa. Las grandes potencias de la "Entente" no necesitaban sacrificar una sola pulgada de territorio propio o colonial. Al contrario, podían haber obtenido su parte en esta nueva división del mundo.

Por fortuna para la humanidad, no quisieron que la tierra fuera patrimonio exclusivo

de las grandes potencias. Y surgió la guerra, no por ambiciones de la "Entente," sino al contrario, porque habían sacrificado sus ambiciones y sus ansias de paz a su conciencia del derecho. Surgió la guerra porque los pueblos de la "Entente" no quisieron sacrificar las naciones débiles al nuevo reparto que Alemania quería y exigía. Pero Lord Grey y Mr. Asquith y Mr. Bonar Law y Mr. Redmond pueden decir en alta voz al mundo que no han sacrificado sus hijos o su hermano a la ambición imperialista de extender las fronteras de su país. No tendrían perdón de Dios si hubiesen arrojado a sus hijos y hermanos, y a la juventud entera del país, a los caminos de la muerte, si solo se hubiesen inspirado en el propósito de asegurar el poder de su patria. Pero lo que les sirve de consuelo en sus tribulaciones personales es la convicción cierta de que su sacrificio ha salvado a la humanidad de la abyección de tener que rendirse ante la fuerza bruta y ha hecho posible que el mundo llegue a constituirse con arreglo a derecho.

Ya sé que al hacer este aserto puedo ser víctima de un engaño. Se me podrá decir que ando buscando la sanción de una causa grande para explicarme un hecho grande, olvidándome de que en la historia no guarda siempre relación la magnitud de los efectos con la de las causas. Dos talentos británicos, Mr. Bernard Shaw y Mr. Bertrand Russell, han ela-

borado la teoría de que esta guerra no obedece a otra causa que al espíritu pendenciero de dos pueblos naturalmente agresivos, el alemán y el inglés, que se han dejado llevar de sus ciegos impulsos. Pero la hipótesis Russell-Shaw no ha convencido a nadie. En primer término, porque las naturalezas pendencieras, que aman la lucha física por el placer que de ella obtengan, son muy raras en todos los países. En segundo término, porque la historia nos enseña que jamás una causa frívola ha sido origen de una guerra grande. Pero, sobre todo, porque sólo insulares apartados de los problemas políticos del mundo como eran hasta hace tres años el dramaturgo fabiano Mr. Shaw y el filósofo Mr. Russell, pueden desconocer el hecho de que Europa vivió hasta 1914 en un estado de tensión que tenía que resolverse de algún modo.

No olvidaré nunca el espectáculo que dieron los reservistas franceses residentes en España cuando les hizo volver a su país la movilización general. "Acabemos de una vez," decían. "*Il faut marcher.*" "Hace ya más de diez años que no se podía vivir en el mundo." "Vale más morir que continuar soportando amenazas." Eran todos los que yo vi en aquellos días ciudadanos pacíficos. Se incorporaban a filas los más de ellos con los ojos llorosos, y sin hacerse ninguna clase de ilusiones. Sabían y sentían la fuerza de Alemania. Pero tam-

bién sabían y sentían que era imposible continuar viviendo como vivía el Continente, prolongando la vida de plazo en plazo, en la perenne angustia de un condenado a muerte, a quien se le va retrasando la ejecución de la sentencia.

Y la prueba de que la situación de 1914 era intolerable, ha de hallarse en el hecho de que aun ahora, después de los sacrificios inauditos de una lucha sin precedentes en la historia, todavía pone más espanto en los ánimos la perspectiva de volver al estado de cosas de hace tres años que la de continuar la guerra hasta solucionarla satisfactoriamente. Esto lo ha dicho muy claro Mr. Wilson: "El Gobierno Imperial Alemán busca garantías de que la guerra acabe con la restauración del *status quo ante*. Fue del *status quo ante* de donde surgió esta guerra inícuca, del poder del Gobierno Imperial Alemán dentro del Imperio y de su extensa dominación e influencia fuera del Imperio. Ese *status* tiene que ser alterado de tal modo que se impida que cosa tan horrible vuelva a suceder."

Y la importancia de esto que dice Mr. Wilson, que no ha dedicado la vida a la filosofía o al teatro, sino a la política, y que sabe lo que se trae entre manos, no depende de que por él nos hable la voz de un experto de elevadas miras, sino de que coincide con el clamor universal que surge de los pueblos y de las

trincheras: "¡Nunca más! ¡Nunca más!" Por esto es imposible una restauración de la paz sin que se altere substancialmente la constitución internacional del mundo que duró hasta 1914. Una paz "en tablas" sería volver a la tensión de hace tres años, pero infinitamente peor, porque entonces no sabía a ciencia cierta el mundo lo que se puede hacer con los espías, con la corrupción de gobiernos y periódicos extranjeros, con los submarinos, con las aeronaves, con los gases asfixiantes, con los prisioneros de guerra y con las poblaciones de territorios invadidos. Ahora se sabe. Y si las cosas vuelven a donde estaban, todas las naciones, sin excepción, se verán obsesionadas por la idea de ser ellas, y no las rivales, las que den el primer golpe en la próxima guerra.

Descartado el *status quo ante*, la guerra no puede solucionarse sino por la constitución jurídica del mundo. Y la constitución jurídica del mundo no puede hacerse más que de dos modos. El primero, y único conforme a la tradición política alemana, consiste en investir de poderes internacionales a la nación más poderosa, al modo que al fin de la Edad Media se invistió de poderes nacionales al más fuerte de los señores feudales.

El segundo, y el único que toleran los Aliados, consiste, como ha dicho Mr. Wilson, en obligar a someterse al concierto jurídico de la totalidad de los Estados libres, a las naciones

que quieran erigirse en señores de horca y cuchillo.

Este segundo procedimiento ha sido ya rechazado por Alemania en cuantas ocasiones se le fué propuesto: lo mismo en las dos Conferencias de la Haya, que en Julio de 1914, que cuando Mr. Wilson intentó dar carácter mundial a la fórmula del concierto europeo.

Se trata de dos métodos absolutamente incompatibles. O han de dictar los señores feudales la ley al mundo o han de obedecer los señores feudales la ley del mundo. No cabe transacción. De aquí la necesidad histórica de que la guerra continúe hasta que Alemania se confiese vencida.

RAMIRO DE MAEZTU

(*El Marconigrama*. Londres.)

Hablan las escuelas en ruinas

El alma de la infancia es como una ave:
y un nido ríe y una escuela llora;
daís la noche a la infancia: el nido sabe
entre sus pajas ofrecer al ave
la aurora.

El alma de la infancia es flor mimosa:
la escuela es triste y florecer no deja;
zumba en la escuela la rutina odiosa,
y sobre el cáliz áureo de la rosa
zumba la abeja.

¡Ay, Patria! tú haces nuestras almas ciegas
encerrando la infancia en un cubil....
No canta el ruiseñor en las bodegas....
....Y, si la infancia es flor ¿por qué le niegas
su abril?

GUERRA JUNQUEIRO